

Troya, cuando florecían Ródas, ensalzada por Homero y amada de Júpiter, la opulenta Corinto y la espléndida Oreomene, enriquecida por el comercio, los Fenicios llegaban á las costas de Grecia, despachaban sus joyas y bagatelas, y robaban doncellas y mancebos que vendían después en los mercados de Asia, ó restituían mediante un grueso rescate (1): acción á que no

(1) En la *Odisea*, 289, dice así el pastor Eumeo á Ulises: • Húsped mio, pues que sobre eso me preguntas ó interrogas... oye: • Hay una isla llamada Sira (que acaso habrás oído nombrar alguna vez) mas arriba de Ortiga, donde el sol se pone, cuya isla no es muy grande, pero abunda en cosas útiles; tiene buenas vacadas, buenas ovejas, es rico en vino y en trigo; ni el hambre la invade jamás, ni ningún mal la aqueja de los que tanto terror causan á los miserables mortales. Cuando sus habitantes llegan al último límite de la vejez, vienen Apolo y su hermana Diana, tienden sus arcos, sus masas es flechas sin ser vistas hieden los aires, y terminan con una muerte pronta sus largos destinos. Dos ciudades se dividen entre sí el dominio de la isla y de todo cuanto posee, y en las dos reinaba mi padre, Ctesio, hijo de Orménos, semejante á los inmortales. Un día varios Fenicios, pueblo famoso en la marina, pero sutil y artificioso, llegaron á nuestras costas con una nave cargada de adornos raros y brillantes. Había en el palacio de mi padre una esclava fenicia notable por su belleza, por su estatura y por las obras que salían de sus manos; y aque los extranjeros astutos intentaron seducirla. Estando ocupada cerca de su nave en lavar hermosas vestiduras, uno de ellos la hizo caer en las redes del amor, y en breve llegó á influir como dueño absoluto en su ánimo; desdicha ordinaria de las mujeres cuya virtud sueñe, y de la cual no se libran ni aun las que han sido hasta entónces las mas austeras de su sexo. Su seductor le preguntó su nombre y su morada, y ella mostrándole el palacio de mi padre, dijo: *La opulenta Sidon es mi ciudad natal y yo soy la hija del rico y poderoso Aríbante. Pero un día volviendo del campo me robó una partida de Tefos, pueblos que se ocupan en la piratería, y lanzándose conmigo á un buque, rotamos surcando las olas hasta esta isla, á cuyo rey me vendieron por una gran suma. ¿Quieres seguirnos? dice el Fenicio que la había engañado: ¿Quieres volver á ver tu patria, el magnífico palacio de tus padres y las personas que te son caras? Tus padres viven todavía y tienen fama de ricos. — Ah, contestó ella, ese es mi mas ardiente deseo, con tal, oh navegantes, que me juréis conducirme con seguridad á ese asilo. Cada uno de ellos hizo el juramento que se le exigía. En adelante, añadió la esclava, debemos guardar la mayor reserva; seamos extraños el uno para el otro; si cualquiera de vosotros me hallare ya en los caminos, ya en la fuente, que no me hable ni me mire; porque el anciano rey lo sabría al momento, y á la menor sospecha me cararía de cadenas y prepararía vuestra pérdida. Yo os traeré todo el oro que pueda haber á las manos: haré mas; recibiréis de mí un premio todavía mas importante. He dedicado todos mis cuidados en este palacio á criar al hijo del rey: es un niño, pero sus sutilezas infantiles anuncian su inteligencia; ya sabe correr. Os lo entregaré tambien: vendido; donde quiera que lo hayáis, veréis que vale un tesoro. — Esto diciendo, se retiró y volvió al palacio de mi padre. Los Fenicios permanecieron entre nosotros todo un año cargando su nave de muchas riquezas, y luego que tuvieron aparejada la partida enviaron á uno de los suyos á dar aviso de ello á la esclava. El enviado era el mas diestro de todos: vino á nuestro palacio como para vender un collar de oro con adornos de ámbar: y mientras que mi madre y sus esclavas con deseo de comprarlo tenían fijos los ojos en el brillante collar y lo pasaban de mano en mano, el astuto mensajero hizo una señal disimulada á la esclava fenicia y se retiró á su nave. — Entónces aquella me tomó de la mano y salió conmigo del palacio. En el vestibulo había multitud de copas de oro sobre las mesas preparadas para mi padre y los principales jefes que lo acompañaban en los festines, y con los cuales se había dirigido á la plaza pública para asistir á la asamblea del pueblo. La fenicia toma tres copas, las oculta bajo la túnica y huye: yo como inocente la sigo. Las tinieblas cubren la tierra: apresuramos el paso y llegamos al puerto donde nos espera la ligera nave de los Fenicios, la cual, luego que nos embarcamos, hiede la húmeda llanura, mientras el Cielo nos envía un viento favorable. Navegamos durante seis días y seis noches: Júpiter hacía que se levantase la séptima aurora, cuando Diana con una de sus aladas flechas atravesó súbitamente el seno de la fértil Fenicia: y así como se abate un pájaro de mar, así cayó*

daban mas importancia en punto á la moral que la que dan hoy los beduinos al latrocinio. En la *Odisea* de Homero, Ulises cuenta á Eumeo que *antes de ir á Troya lo habian visto nueve veces recorrer los mares en corso*; y Menelao refiere á sus hijos que por haber ejercido ocho años la piratería en las costas de Chipre, en Fenicia, en Egipto, Etiopia y en la Libia, habia adquirido tantas riquezas, que ningun hombre lo superaba en opulencia. Tambien Plutarco (1) dice que los héroes tenían en mucha estima el título de ladrones: en tiempos posteriores Solon permitió la existencia de asociaciones formadas para robar; y Aristóteles y Platon consideran el latrocinio como una especie de caza.

Las primeras empresas de los héroes de Grecia se dirigieron precisamente contra los corsarios; por lo cual el aumento del poderío griego debió hacer mudar de conducta á los Fenicios, que, segun Estrabon, poco después de la guerra de Troya, tenían escalas en las costas occidentales de África, y á quienes en tiempo de Salomon vemos partir de los puertos septentrionales del Golfo Arábigo con direccion á Tarsis ú Ofir, en la Arabia Feliz y en Etiopia ó en Ceilan, de donde volvian al cabo de tres años cargados de oro, plata, marfil, piedras preciosas y otras mercancías. Tres direcciones principales tomaba su comercio: por la Arabia y la India al Mediodía; al Oriente por Asiria y Babilonia; al Norte por la Armenia y el Cáucaso. Siguiendo la primera, mucho mas larga que las otras, viajaban por mar y por tierra. Saliendo del Golfo Pérsico se dirigian á la Península India de este lado del Ganges y á Ceilan, donde cargaban canela y cinamomo; y bien por las habituales exageraciones de los viajeros, ó bien por disuadir á otros de que hiciesen el mismo comercio, contaban que la primera era llevada allí por ciertas aves de rapiña, y que el segundo era difícilísimo de coger á causa de la abundancia de serpientes venenosas que habia en los parajes donde se criaba (2). De la Arabia llevaban incienso, mirra, canela (*laurus casia*), láudano (*cistus creticus*), oro, piedras preciosas, marfil y ébano las caravanas de nómadas que se dirigian á Tiro, las cuales llegaban al Yemen ó á Gerra, cerca del Golfo Arábigo; con cuyo tráfico se enriquecieron mucho algunos pueblos de Siria y Arabia, principalmente los Edomitas de la Idumea que revendian los géneros á los Fenicios, y los Madianitas, entre los cuales abundaba tanto el oro, que los Hebreos cuando los subyugaron, encontraron bastante metal, no solo para emplearlo profusamente en sus propios adornos,

ella en el fondo de la nave cuyos ecos resonaron con el ruido de la caída. Los Fenicios abandonaron el cadáver á las olas para que sirviese de pasto á los monstruos marinos. Yo, niño abandonado, me vi solo en manos de aquellos piratas: consideré la profunda tristeza en que quedaria. El viento y las olas trajeron la nave á Itaca: Láertes me compró, dando por un niño como yo, que tanto afecto le inspiraba, un precio considerable, y así es como mis ojos llegaron á ver esta tierra extranjera.»

(1) HOMERO, *Odisea*. PLUTARCO en *Teseo*.

(2) HERODOTO III. — THEOPH., *Historia de las plantas*, IX. 3.

sino tambien para hacer collares á los caballos. Con el Egipto traficaban en algodón, en grano, en tejidos y en vino, que llevaban en ciertas vasijas de barro; y los Persas, cuando dominaron el Egipto, las colocaron en todo el desierto como cisternas de agua (1). La Palestina especialmente les daba el mejor trigo, vino y aceites que todavía son superiores á los de Provenza, así como el bálsamo que hoy se llama de la Meca y que se cogia junto al lago de Genezaret. De la Siria sacaban el vino de Calibon (*Alepo*) y la lana del desierto; y por el desierto precisamente, siguiendo el camino en que la comodidad del tráfico produjo la fundación y el aumento de Palmira y Balbek, iban á Babilonia, desde donde torciendo después hacia Persia, se dirigian al país de la seda.

Siguiendo la direccion del Norte, se encaminaban al Mar Negro y al Caspio, y de la Armenia y países limítrofes sacaban caballos, vasos de cobre y esclavos, que allí eran hermosísimos; por cuyo comercio los maldijeron los profetas, amenazándolos con que tambien sus hijos serian vendidos á los Sabeos (2).

Los Fenicios construían sus naves casi redondas, con poquísima quilla para poder navegar lo mas cerca posible de tierra; y con anchas velas y muchos y grandes remos, las hacian vogar contra el viento. Después hicieron otras largas y estrechas para usos de guerra; y de sus arsenales debieron salir las escuadras de Semiramis y Sesóstris, así como salió la de Salomon. Aprovechábanse para la marina de los conocimientos astronómicos que otros pueblos usaban con el intento de adivinar el porvenir, y tomaban rumbo guiándose por la posición de la Osa Menor, por lo cual se dijo que ellos habian descubierto esta constelación.

De esta manera difundieron las mercancías de Oriente por los mares interiores, en cuyas costas fundaron innumerables establecimientos y dejaron vestigios de su idioma. Ellos habitaron á Délos tan pronto como surgió del seno del mar; Chipre, Ródas, la Sicilia, la Cerdeña las vieron multiplicarse en sus playas; de Malta sacaban el coral, de Italia la pez; y sobre todo buscaban los países abundantes en minas, á cuyo laboreo inducian ó forzaban á los indígenas cuando no llevaban esclavos para este objeto. Por esto fué preferida de los Fenicios entre toda las naciones la España, donde la plata se encontraba aun á flor de tierra; de suerte que este país fué para ellos lo que después para los Españoles el Perú. Pero no solamente sacaban plata de la Península Ibérica, sino tambien oro, estaño, hierro y plomo (3); además de los granos, vinos, aceites, cera, lana apreciadísimas, pescado salado y frutas exquisitas, cuya abundancia sugirió la idea de ponerlas en dulce. Un carnero de España llegaba á venderse por un talento (4), y en cambio

(1) HERODOTO II. 5. 6.

(2) JOEL IV. 1. 8. AMOS I. 9.

(3) EZEQUIEL XXVII. 12. ESTRABON y DIODORO.

(4) ESTRABON.

daban los Fenicios á los indígenas el lino, que servia para el traje que acostumbraban á usar los Españoles, y chucherías á que siempre son aficionados los pueblos bárbaros.

Cádiz era el punto de partida de las mas lejanas expediciones, y se pretende que las extendieron hasta las islas Canarias y de la Madera. Lo cierto es que salieron del Estrecho; y en la Gran Bretaña y en las islas de Shetland recogieron estaño, y acaso el ámbar amarillo, que se vendia á peso de oro; llegaron tambien á la Prusia y al Báltico, y en suma á todos los puntos á que podia llegarse costeano. Tambien se dice que Neco, rey de Egipto, hacia el año 610 á. C., los indujo á dar la vuelta á África; con cuyo objeto saliendo del Mar Rojo, y costeano siempre, en cuanto se lo permitian las corrientes y los vientos, al cabo de tres años entraron por el estrecho de Gibraltar y luego fueron á desembarcar en las bocas del Nilo (1). Para probar que atravesaron tambien el Océano, se ha pretendido hallar inscripciones fenicias al pié de las cordilleras americanas, y encontrar el culto del Belo asirio y del Mitra persa floreciente en América, donde las vírgenes del Sol recuerdan las vestales, y los palacios de Méjico y del Perú ofrecen los tipos y los jeroglíficos del Egipto. Con todo, cuando Jérges atacó á la Grecia con sus escuadras, los Fenicios no se atrevieron á navegar hacia el Occidente mas allá de Sámos, aunque esta isla no dista mas de setenta millas de las primeras Cicladas, Micone y Tenos, y aunque por ser tantas las naves podian, digámoslo así, darse la mano una á otra (2). ¿Habrian acaso fingido este temor porque sus intereses les mandarían dejar de favorecer al monarca persa? Lo cierto es que el interes dirigia perpetuamente sus consejos; y así, para evitar rivalidades, ocultaban cuidadosamente sus viajes, acerca de los cuales propagaban extrañas fábulas que después fueron indiscretamente repetidas por los historiadores. Quizá inventaron ellos los espantosos nombres de *Bab-el-Mandeb*, puerta de la aflicción, de *Mete* ó muerte, dado á otro puerto del Golfo Arábigo, y de *Gardefan* ó Cabo de los Funerales en el mismo golfo. Tambien refiere Estrabon que cuando se veían espías por naves extranjeras, eludian su vigilancia, extraviándolas entre escollos y bajíos, ó tras-

(1) Maltebrun niega absolutamente que los Fenicios diesen esta vuelta á África, que Herodoto, con su acostumbrada buena fe, no hace mas que referir como de oídas. Pero Miot, autor de una traduccion francesa de Herodoto (Paris 1822), la admite como verdadera, fundándose principalmente en lo increíble que le pareció á Herodoto el hecho de mostrarse el sol hacia la derecha á los que daban la vuelta á la Libia. Es evidente, dice, que luego que los Fenicios pasaron el trópico de Capricornio para ir á doblar el Cabo de Buena Esperanza volviéndose hacia el sol, debieron ver su movimiento aparente de derecha á izquierda, pues tenían el Norte al frente, el Oriente á la derecha, y á la izquierda el Occidente. Cuando navegaban por el Mediterráneo de Oriente á Occidente, tenían siempre el sol á la izquierda, pero luego que pasaron el estrecho de Bab-el-Mandeb para dirigirse al extremo de África, viajando de Oriente á Occidente vieron el sol constantemente á la derecha; circunstancia naturalísima, si bien maravillosa para gente que no sabia concebir y ménos explicar la causa.

(2) HERODOTO VIII. 132.

formándose en piratas las acometían para quitarles el deseo de hacer viajes, lo cual es ménos improbable, pues que se sabe que eran mas diestros que leales en sus relaciones de comercio, tanto que trato fenicio y fe fenicia llegaron á ser sinónimos de engaño y perfidia entre Griegos y Romanos.

Por lo demas, todos los pueblos comerciantes aspiran á tener puertos donde sean recibidas sus naves, autoridad en los sitios adonde van á comprar, no quieren rivales y tratan siempre de evitar las colisiones que pueden alterar la paz. Tal debia ser la política de los Fenicios; pero los historiadores, mas ocupados en describir las mudanzas de los reinos que en dar á conocer su régimen interior, no nos revelan las leyes que arreglaban su comercio.

Este entre los demas pueblos era un monopolio regio; en efecto, reales eran las posadas (1) situadas en los caminos principales de Persia; en las expediciones á Ofir, el único armador era Salomon, como hoy es Mehemet-Alí el único comerciante de Egipto. Por el contrario, los Fenicios, constituidos en república, se asemejaban á los modernos Europeos en esto de especular por cuenta propia.

La tradicion vulgar demuestra cuán inmensas riquezas adquirieron, refiriendo que en vez de áncoras de hierro las tenían de plata. Pero el mas insigne testimonio de la extension de su comercio y de su consiguiente magnificencia es la poesia de Ezequiel: « El Señor me dijo: Oh hijo del hombre, comienza una lamentacion sobre Tiro; dirás á Tiro, situado á orillas del mar, á Tiro que comercia con los pueblos en muchas islas: así te habla el Señor: oh Tiro, tú dijiste: perfecta soy en belleza. Reclinada en el seno del mar, con abetos del Sanir has visto fabricar tus casas y tus naves, con cedros del Líbano tus entenas, tus remos con las encinas de Basan, los bancos de tus remeros con la madera de las islas de Italia. Para tus velas se tejió lino delgado de Egipto; en tus banderas se emplearon el jacinto y la púrpura de la isla de Elisa; tus remeros fueron los habitantes de Sidon y de Arado; tus pilotos fueron tus sabios, y los acianos de Biblos vivían en tu seno para estar listos á componer las naves averiadas. Todas las naves del mar y sus marineros venían á traficar contigo: Persas, Lidios, Libios, combatían en tus filas; guardaban tus muros los hijos de Arado colgando en ellos sus escudos para adornarlos; los de Társis te traían toda clase de riquezas, plata, hierro, estaño, plomo en tal abundancia que tenías para surtir todos los mercados. Vasos de cobre y esclavos te daban Jonia Tubal y Mosoc; caballos y mulas Togorma (La Capadocia), y Dedan ébano y dientes de elefante. Los Sirios frecuentaban tus ferias con esmeraldas, coral, rubíes, púrpura, telas labradas, lino, algodón (*sericum*) y toda clase de mer-

(1) Σταθμός. HERÓDOTO V. 22.

» cancias. Judá é Israel te ofrecían grano, bálsamo, miel, aceite y resina; Damasco vino y lanas de vivos colores; Dan y la vagabunda Grecia y Mozol hierro labrado, mirra y la caña olorosa; Dedan primorosas alfombras, caballos y carros; la Arabia y los príncipes de Cedar, convertidos en dependientes tuyos, te traían corderos, carneros y cabras; Saba y Rema perfumes, piedras preciosas y oro; otros países cedro, jacintos, tejidos y fardos de paño por mayor. Tus remeros te han llevado por muchos mares; desafiaste al Austro en las aguas, y las escuadras temblaron al oír la voz de tus almirantes. Con la prevision y la prudencia te hiciste fuerte; tus tesoros se llenaron de oro y plata; por tu gran sagacidad y por medio del comercio multiplicaste tu poder, y tu corazón se hinchó de orgullo. Por esto el Señor dijo: Morirás á manos de los extranjeros. Tú que eres el tipo de la sabiduría y de la hermosura perfecta; tú que te encuentras nadando en riquezas, cubierta de joyas, de topacios, de jaspe, de crisólitos y berilos y zafiros, hábil en el arte de la flauta y el tamboril, perfecta en tu conducta desde el día en que fuiste fabricada hasta aquel en que las riquezas te pervirtieron; ahora caerás, y al son de tus gemidos bajarán de las naves cuantos manejen el remo, y marineros y pilotos se echarán en tierra y llorarán amargamente, y dirán: ¿Cómo pereció Tiro, cuyo comercio abrazaba por mar tantos pueblos, que con la multitud de sus tesoros y de sus hijos enriqueció á los reyes de la tierra (1)? »

Los Fenicios contribuyeron mucho á la civilizacion por medio de sus colonias. Así como Inglaterra trasladó hoy con ellas la organizacion social europea al corazón de América, al centro de Asia, á la India y á la Oceanía, donde se conservará si por acaso llegare á perecer la Europa, del mismo modo se condujeron aquellos pacíficos conquistadores del mundo antiguo, preparándose otra vida para despues de su caída, á guisa de un padre que al morir deja en este mundo un gran número de hijos. Es cosa averiguada que los pueblos marítimos son muy prolíficos; y así los Fenicios, desprovistos de territorio, necesariamente tenían que buscar salida para su poblacion creciente y pobre; y la encontraron en el recurso de llevarla á playas extranjeras. Acaso también las disensiones intestinas, á que tan ocasionado es un pueblo que acostumbra á vivir en el mar no se somete siempre con gusto al freno de las leyes civiles, arrojaban fuera del país á uno de los bandos contendientes, que iba á establecerse y á fundar colonias en otros puntos. De este modo nació Cartago que debia despues suceder á Tiro y Sidon y rivalizar con la ciudad predestinada á ser reina del mundo.

Si aun los modernos que se han aventurado á emprender expediciones lejanas han creído

(1) Cap. XXVII. XXVIII. Véanse los comentarios de Michaélis y Robert. El cap. LX de Isaías sirve también para ilustrar la historia del comercio antiguo.

necesario dejar en los países adonde se han dirigido personas encargadas de custodiar las mercancías que llevaban y recoger las producciones de lo interior del nuevo territorio, favoreciendo el cambio de unas con otras; mucho mas imprescindible debió de ser en lo antiguo esta precaucion, cuando eran tan lentos los viajes y tan raras las comunicaciones. Así, pues, los Fenicios, si no querían verse obligados á combatir contra nuevos enemigos, cada vez que volviesen á una playa, ni consumir demasiado tiempo en proporcionarse cambios con la desventaja propia del que ofrece, tenían precision de fundar colonias; precision que se aumentaba tratándose del laboreo de minas, principal y casi exclusivo objeto de aquel pueblo.

De esta manera ocuparon todas las islas del Archipiélago, especialmente Chipre, Creta, las Sporadas, las Cicladas, las del Helesponto; y hasta de Taso, enfrente de Tracia, sacaron oro. En el Asia Menor se les atribuye la fundacion de Proneto y Bitinia, si bien de estas ciudades como de las demas fueron desalojados por los Griegos, á medida que estos fueron creciendo en poderío. También de la Italia los arrojaron los Etruscos, pero florecieron por mucho tiempo en Sicilia, adonde llevaron el culto de Astarté, allí llamada Vénus Ericina, y donde contribuyeron singularmente á la prosperidad de Panormo y Lilibeo. Sin embargo, parece que consideraron la Sicilia y la Cerdeña principalmente como puntos de escala para mas remotas expediciones, así como entre los modernos se considera bajo este aspecto el Cabo de Buena Esperanza. La costa septentrional de África estaba toda cubierta de colonias de Fenicios, entre las cuales, al Occidente de la pequeña Sirte, estaban Utica, Cartago y Adrumeto. Poseían un barrio de Mentis para alojamiento de sus caravanas: es probable que tuvieran establecimientos en Levante y en el Golfo Pérsico, en las islas de Tylos y de Arado (islas de Bahreim); y cuando hicieron alianza con Salomon, dividieron con él el comercio del Mar Rojo, impedido al principio por los Idumeos. En España fué donde mas multiplicaron sus establecimientos, fundando sus principales colonias en Andalucía desde las bocas del Guadiana y del Guadalquivir hasta los rios de Murcia y de Granada. Entre otras florecieron en este país Tartesio, Cádiz, Carteya, Málaga, Hispális (Sevilla) y las columnas de Hércules.

Hércules fué en efecto el personaje en quien los Tirios simbolizaron la historia de sus colonias. Decían que aquel héroe, queriendo hacer la guerra al hijo del rico Crisaoro en Iberia, reunió una escuadra en Creta, isla que servía de anillo entre las colonias fenicias; atravesó el África, donde introdujo la agricultura y fundó la ciudad de Hecatompila; llegó despues al Estrecho, desde donde pasó á Cádiz, sometió la España, se apoderó de los bueyes de Gerion, y despues se volvió por la Galia, la Italia y las islas del Mediterráneo.

Tal fué precisamente la marcha que llevaron las colonias fenicias. Pero los Fenicios no supieron, como hizo despues Cartago, mantenerlas bajo su dominacion, careciendo como carecían de medios de reprimirlas con ejércitos; por lo cual en breve se emanciparon. En efecto, se curaban poco del arte militar, y encomendaban su defensa, como posteriormente los Venecianos, los Dálmatas y los Esclavones, á soldados mercenarios del Asia Menor y Mayor. Por eso muchas veces tuvieron que sufrir el yugo de los conquistadores, pero evitaron en cambio las ambiciones que con frecuencia arrastran á la guerra aun á los pueblos mercantes que son los mas interesados en evitarla. No se menciona de ellos mas conquista que la de la isla de Chipre, donde fundaron á Citio (*Kitim*), y donde siempre tuvieron un pié.

Eran, pues, sus colonias muy diversas de las europeas modernas, obra generalmente del acaso, mas que de premeditado desígnio, y que con mucha frecuencia ofrecían el espectáculo de la avidez mas tiránica é inicua. Los Fenicios colonizaban donde convenia al tráfico, y no llevaban á las colonias la manía de conquistas como los Europeos la llevaron á América; antes bien fabricando ciudades, fomentando la industria, se unían los pueblos nuevos con el vínculo de las necesidades recíprocas; y con su misma sutileza y doblez despertaban la imaginacion de los toscos indígenas haciéndoles conocerse á sí propios, y apreciar lo que valían sus riquezas. Las continuas relaciones entre la metrópoli y las colonias dilatan el círculo de los conocimientos, desarrollan las ideas políticas y perfeccionan las instituciones sociales; así veremos á las colonias griegas del Asia Menor y de Italia hacerse ilustres por su poderío y saber, é introducir á su vez en la madre patria la civilizacion y las artes.

CAPÍTULO XXVIII.

GRECIA.

Primeros habitantes.

Sois niños que no sabéis mas que las cosas de hoy y de ayer, decían los sacerdotes egipcios á Solon, aludiendo á la poca antigüedad de la historia griega. En efecto, esta, no perdiéndose entre los millones de años de los Orientales, abandonaba las edades divinas para limitarse á las de semidioses y héroes, sin estar por eso ménos atestada de fábulas, inventadas por la viveza de imaginacion y por la vanidad nacional, y hermosas por el sentimiento estético que en ningun pueblo llegó á refinarse tanto como entre los Griegos. De esto y de su admirable aptitud, no ya para apropiarse sino para asimilarse las tradiciones extranjeras, trasladándolas á su país y calcándolas sobre sus ideas y costumbres, nació tal confusion, que llegó á ser muy difícil distinguir sus elementos. Así las tentativas hechas hasta ahora para descubrir el verdadero sentido de los mitos históricos, si